

Título del original en inglés: *Collected Papers*
© 1989 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Alcira Bixio

Primera edición, Marzo de 1994, Barcelona.

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa, S. A.
Muntaner, 460, entlo., 1.ª
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-475-0
Depósito legal: B. 8.960/1994

Impreso en Libergraf
Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

Índice

INTRODUCCIÓN	13
1. El cuento de la gatita Dory	17
2. Una buena revolución merece otra	21
3. ¿Sofocar el problema o encontrarle una solución?	40
4. David Epston: "Una reflexión"	45
5. En recuerdo de Hatu (Hayden) Barlow (1973-1985), Cynthia Barlow, David Epston, Mike Murphy, Lynn O'Flaherty y Louise Webster	50
6. ¿Eres un candidato para entrenarte en karate mental?, David Epston y Ben Cole	80
7. Vigilancia nocturna. Tratamiento de los temores de la noche	84
8. Perdedor en casa y ganador fuera de casa	107
9. Contrasueños	110
10. ¿Competencia o cooperación?	120
11. Entrevista con David Epston	125
12. Algunos casos de rechazo escolar	131
13. ¿No crees que deberías hacer una reserva?	137
14. Crecer es una decisión seria que no puede tomarse a la ligera	142
15. Dos historias paralelas	145
16. Usted nunca nos dijo que éramos malos padres	151
17. La familia que cargaba con una maldición	155
18. Un intercambio justo	158

De vez en cuando Mary me llamaba para darme noticias sobre Jason. Me contó que el niño estaba muy atrasado en la escuela y que los maestros hacían lo posible por ayudarlo a mejorar. Esta llamada telefónica era parte de un programa que se había impuesto Mary: estaba llamando a todas las personas que habían contribuido a que Jason tuviera esta nueva vida y grababa sus comentarios en una casete. En una ocasión le pregunté a Mary qué diferencia había notado entre el Leslie Centre y las demás instituciones que había consultado. Y ella me respondió sin reflexionar: “¡Usted nunca nos dijo que éramos malos padres!” “¿Y el ‘libro’?”, le pregunté, “¿Desea usted que se lo envíe?” “No, guárdelo. Ya no lo necesito.” Supuse que Mary, Jack y la familia de Mary reescribieron, por así decirlo, la historia de Jason y terminaron con la tragedia de la primera tragedia del primer capítulo de la vida de ese niño.

Me agradó quedarme con el manuscrito, y lo guardo por si algún día los Jones desean recuperarlo. Lo tengo sobre mi escritorio como un recuerdo del riesgo que corrí ese día y de los hechos que emanan de él. Pero, ¿cuál fue el riesgo, después de todo? ¿Acaso puede una mala madre tener el descaro y el deseo de escribir con tanto esmero sobre su tragedia?

17

La familia que cargaba con una maldición*

La maldición de los Parker llegó a mis manos antes de que yo pudiera conocer a la familia personalmente. Ellos mismos me la enviaron y tenía la forma de una fotocopia del diagnóstico elaborado por el médico de la familia. El diagnóstico decía: “Una personalidad o temperamento intensamente enérgico. Considero que esto no es algo anormal, sino que se trata simplemente de una variante biológica. Creo que este temperamento es hereditario y que la mayor parte de esos genes corresponden al padre. Las perspectivas últimas en este sentido son buenas, pues ya se observa un cambio; de apoderarse de lo que deseaba pasó a defender sus derechos, lo cual demuestra que va en camino de lograr un mayo autocontrol, como lo tiene su padre. Sin embargo, posiblemente al ser mayor debe cuidarse de algunas situaciones desinhibitorias (el alcohol, por ejemplo)”. Este diagnóstico era el resultado de una consulta hecha por la señora Parker a causa de la inquietud que le provocaba la conducta de su hijo James, de siete años: berrinches frecuentes, durante los cuales el chico se ponía violento, quejas de la escuela y la incapacidad de mantener amistades, salvo con niños mucho más pequeños que él.

Leí una y otra vez el informe. Supuse que esa imputación de infamia genética podía haber lanzado un hechizo sobre esta familia. Sus miembros podían quedar paralizados por la culpa, particularmente el señor Parker creía que debía cargar con toda la responsabilidad de esos “genes paternos”. En el informe también estaba implícita la posibilidad de que el niño quedara libre de esa maldición, pero si esto ocurría debía ajustarse a cierto “programa”: “cuando sea mayor”, presumiblemente a la edad en que legalmente está autorizado a consumir alcohol. A juzgar por esta opinión, nada podía hacerse; todo lo que intentarían los padres les acarrearía más culpa y reduciría sus expectativas, esperanzas y sueños respecto de ese

*Publicado en *Australian & New Zealand Journal of Family Therapy*, 6, 3, 1985, págs. 175-176.

atribulado hijo. Si, como suponen Waltzlawick y otro del Instituto de Investigación Mental de Palo Alto, una solución errada pasa a formar parte del problema, en este caso el diagnóstico era el problema: se le había suministrado a la familia una *teoría de desesperanza*.

Me reuní con el matrimonio Parker, James y la hermana mayor, Janice, de nueve años. Mientras releíamos el informe, los padres permanecieron cabizbajos. Ante mi asombro, descubrí que el señor Parker sólo había estado con el “diagnosticador” un breve instante, cuando pasó a recoger a su mujer y al niño. Apenas si se presentaron, pero el señor Parker reconoció que en ese momento estaba de “mal humor” porque había perdido media hora buscando un lugar donde estacionar su automóvil. Le pregunté, pues, si había sido el médico quien había tenido la idea de que el señor Parker poseía un temperamento violento. Este se encogió de hombros, incómodo, y admitió que más o menos una vez por año “perdía la paciencia”. “¿Eso es todo?”, le dije, “¿Qué hay de malo entonces? ¿Cómo logra controlarse?”. Me volví hacia la mujer y le pregunté cómo había llegado el médico diagnosticador a tener esa idea de su marido. La señora Parker me respondió que no lo sabía, luego reconsiderando mi pregunta por un momento, me dijo que todo tenía que deberse a aquella pregunta. “¿Qué pregunta?”, insistí. “Me preguntó si mi marido tenía mal genio siendo niño.” La mujer había respondido, relatando un incidente en el que el señor Parker, estando en la escuela primaria, había golpeado a un compañerito con un palo. El señor Parker agregó que, ya siendo un joven, solía reñir en los partidos de fútbol. A medida que sus padres se mostraban más interesados en la sesión, James parecía cada vez más distraído.

Decidí sacar a esta familia del error de la desesperanza que los agobiaba. Los dejé solos un momento, regresé con una colección de cartas y transcripciones de entrevistas en las que varias familias relataban cómo los “arranques de mal humor” de alguno de sus miembros habían desaparecido de la noche a la mañana, como por arte de magia. Las cartas pertenecían a personas de 12, 14 y 40 años y a los padres de un niño de 13; la transcripción relataba detalladamente cómo una niña de 15 años se había curado de sus “berrinches” y la decisión de su madre, divorciada, de oponerse a su propia internación psiquiátrica. A medida que yo iba leyendo los testimonios, el señor y la señora Parker parecían menos trastornados. Hasta el propio James pareció interesado en los relatos. En mi análisis estaba implícita una *teoría de la esperanza*.

Me volví hacia James y dije: “Si no te molesta, quisiera que me muestres uno de tus berrinches”. James sonrió y me dijo que no podía. “¿Por qué no?”, volví a pedirle. “¿Por qué eres tan desconsiderado conmigo? ¿Cómo puedo ayudarte si no veo cómo es uno de tus arranques?” Me quedé meditando un momento y luego le dije que suponía que lo que le pasaba

era bastante comprensible. “Quizá lo que te ocurre es que te ataca un furor ciego y ésta es la verdadera razón por la que no puedes ver lo que haces”. James aceptó que esa podía ser la razón. Les pedí entonces a los padres que ayudaran a James para que él a su vez pudiera ayudarme. Cuando James tuviera uno de sus berrinches ellos debían ponerle ante los ojos un espejo a fin de que él pudiera observar la “transformación” y fuera capaz de reproducirla en nuestro próximo encuentro. Al día siguiente les escribí esta carta:

Les escribo para darles algunos consejos más sobre cómo enfrentar los problemas de control de la ira de James.

1. *Coloquen el espejo de mano en un lugar visible.*
2. *Varias veces durante el día, pregúntenle si no QUERRÍA tener un arranque de cólera. Muéstranse realmente calmos, fríos y sosegados.*
3. *Si comienza con uno de sus berrinches colóquense inmediatamente el espejo ante su cara y aliéntenlo para que VOCIFERE, AÚLLE O LO QUE SEA, más, mejor o más alto.*
4. *Por favor, hagan todo esto en tono de broma... Atención: deben estar preparados para recibir algunas sorpresas, como ocurrió en el caso de la familia de la transcripción.*

Un mes después, la familia me informó que los arranques de James habían desaparecido. Todos parecían estar encantados con el giro que habían tomado los hechos. En realidad, toda la conducta de James había mejorado en un 60%, tanto que los Parker pensaron que ya podrían arreglárselas solos. Estaban llenos de esperanza. Me comuniqué con ellos tres meses después y luego a los seis y me informaron que la tendencia a mejorar continuaba.

Volví a encontrarme con la señora Parker aproximadamente un año después de nuestra primera entrevista. Me dijo que había pensado llamarme varias veces. “Nuestro hijo es perfectamente normal”, afirmó con absoluta confianza. Y ambos reímos. Pero yo abrigaba aún una duda: ¿habían guardado aquel diagnóstico como una reliquia en el archivo familiar o habían preferido reescribir su biografía? De modo que le pregunté qué habían hecho con el diagnóstico. “¡Lo quemé! Nunca quise ver a James desde ese punto de vista. Era algo que podía destruir su vida.” Estuve de acuerdo con ella. Le pregunté entonces qué pensaba de la maldición. La señora Parker me contó que había cargado con ella y que la había mostrado cada vez que alguien quería saber qué defecto tenía James. Pues eso es lo que se le había dicho que hiciera. Antes, nunca se le ocurría salir sin ese diagnóstico e inexorablemente lo pasaba de un bolso al otro, para llevarlo siempre consigo. Entonces pensaba que lo mejor que podía hacer, en tales circunstancias, era mostrarles a los demás el famoso diagnóstico. “Pero ahora”, me dijo, “nuestro hijo es perfectamente normal”.